

CORDURA



Antonio
Martínez Sarrión

Cordura hace honor al epígrafe de Joseph Conrad que lo encabeza, y en el que se reconoce y constata que lo único que puede esperarse de la vida es «cierto conocimiento de uno mismo, que llega demasiado tarde». A ese limitado conocimiento de uno mismo –y de la entera y potencial condición humana, por tanto– y a muchas de las enseñanzas de la edad se dedican gran parte de los poemas del libro. Pisando la sesentena, el poeta parece dispuesto, madurez obliga, a «aceptar los trazados del destino con sereno talante», pero no olvida el tiempo pasado, consumido en ilusiones, en excesos a la vez de vitalidad y esperanza, en vértigos que conducían a dudosos fulgores. Desde la senda del descenso, el sujeto poético se debate entre la apartada aceptación del mundo, incluso de su estoico y sereno abandono, y de la condena de lo que ve entre la sobria reclusión, como imponen los años, y la puesta en solfa, batalla o tensión de estos inclementes y desesperanzados tiempos.

Pero, como en los grandes poemas barrocos e isabelinos, en *Cordura* la dicción se erige en la gran protagonista, una dicción tensa y dúctil, y una voluntad de contundencia y precisión en el lenguaje, no por culto menos impugnador y hasta descarado, que expresa de manera ejemplar los conflictos del hombre de hoy mismo.

A G.

Lo más que se puede esperar de la vida es cierto conocimiento de uno mismo –que llega demasiado tarde– y una cosecha de remordimientos inextinguibles.

JOSEPH CONRAD

CONSEJO

Como en tiempos prohibióse
el corrompido oficio de plañir por los muertos,
burda y aparatosa maulería
para más percibir
de los parientes abrumados,
ahora tus modos deberán ser otros:
la madurez obliga y es cuestión de elegancia
aceptar los trazados del destino
con sereno talante,
con mano distendida y generosa
sin que importen sus rostros.

PELDAÑO

¿Cómo pensabas, di,
acometer entero el último repecho?
¿No practicaste un tiempo
de culto asordinado, mas cierto, a la ceniza
que te baldeaba el alma con ponzoñas
por ti leídas como cruces al mérito
con la propina deja convulsión,
inoxidable llave que al fulgor conducía,
siempre de tono púrpura
suavizado por flecos *art-dèco*
prostibularia cifra de tus sueños?

Llegas a ese peldaño.
Descansa lo preciso para que, nueva Capua,
no resbales desde él
al cuarto irrespirable y sin aliviaderos
donde la obscena compasión te acuna
vulnerando la ley, por una vez sensata.

AU POINT

Entre el rodar del mar en las costas del Sur
–olvidado de sueños hiperbóreos
y de buques fantasmas–
y el espaciado canto del zorzal,
debieras instalar tus pabellones.
En ese fiel las horas se dilatan,
sin lazo corredizo te cunden los minutos.
Saboreas el mundo,
su espesor tolerable verificas.
Y lo que es más central:
estás presto y conforme a abandonarlo.

MONEDAS PARA UN PEAJE

Está la suerte echada:
como en retrovisor de un automóvil
tu realidad se esfuma en la distancia
en tanto la memoria
tiende a cuartearse como cordobán
que nadie incluiría en una manda
de las cosas que lega
y, de hacerlo, ninguno aceptaría.

El viento que se cuela por los filos,
como lo que acarrea, es ponzoñoso:
ese mundo de espejos insondables,
prendidos día y noche,
crepúsculo y aurora,
donde la redundancia se guarece y celebra,
sin festejar más nada que el puro redundar.

MUTIS POR EL FORO

(Georges de la Tour)

De modo que tú intérrate,
piérrdete (y te hallarás)
al otro lado
de esa lisura desasosegante.
Como la dama que, mano en mejilla,
va concertando sin mover un músculo,
mas con respiración parsimoniosa,
el juego de la llama que decrece,
y el templado reflejo.
Una conjugación
que avisa descendencia:
ese instantáneo acorde
antes de que la sombra definitiva anuncie
que la función pasó
y un bis no está previsto,
aun cuando los aplausos,
a escenario vacío,
sonasen y sonasen y sonasen.

SOBRE EL HACER Y PERDURACIÓN DE LOS POETAS

A Carmen Martin Gaité

Parece cierto que se dio un repudio
–uno más, conocemos la salmodia–
de los poetas: «Dicen cuanto no hacen».
¿Se caería en la cuenta
de que «hacer» de poeta
no puede ser más cosa que «decir»,
y el resto de su vida
se disuelve en el río de lo humano,
y en multitud de casos
sus empeñados endechas y trinos
siguen la misma, desleída ruta?

¿Quiere alguien apostar? Perfecto,
pues su envite
no daría sino fe,
por vía de soberbia y vanidad,
de que lo suyo será remolino,
vilano que precede a la tormenta.
Lo cual, si bien se piensa,
similar es (y necio)
a coronarse rey del huracán
arrancando de manos del Pontífice,
como aquel engreído,
tan risible quincalla.

ARTESANÍA Y CALOR

La cuestión, como siempre (te repites),
es cosa de medida: en el articular,
en el compás y en las proposiciones.
Que en este arte del verso
la primacía de la emoción es norma,
siendo el entendimiento un añadido
bueno para que ingrese el vate en Academia,
como en convento o arma
los viejos segundones.
En tal disposición, ¿todo será cifrable?
¿Cualquier tema (el torneado de una silla,
la irisación fugaz del reflejo en el techo,
la memoria que queda de una piel y un aroma,
la barrida niñez) es, de entrada, valioso
como materia bruta a falta de mezclarle
la levadura?
¿Y si el homo avisara
que algo impide alcanzar los grados justos
para que el todo puje y cuaje la cocción
pues la mano, certera, supongamos,
no basta nunca, ya que la esperanza
—por otro nombre inmadurez—
no levanta la chispa? ¿Si las sordas palabras
privadas del portento de transubstanciación
quedan en desaparejas, desechables, insípidas,
como esa mahonesa que no liga
(y aquí saco creencias de sabor popular

y de imposible probación por ciencia)
a causa de trastornos menstruales?

METAMORFOSIS DE LO CÓMICO

Cumplida una tarea, aun regalada,
y al dejarte caer en los cojines
que recubren la alfombra,
no es raro que semejes una confusa bestia
hasta en los refunfuños o bufidos
que provocan la risa
en los que más te quieren. Y sucede
que acompañas las burlas
y aprendes, no a tomarte un poco en broma,
que ya algo fuera o mucho: a comprender
todo lo inexorable del proceso
sin perder la sonrisa.
La juventud pasto es de la vejez,
la vejez alimento adecuado a la muerte.

DOS TIPOS, ENTRE OTROS, DE ELOCUCIÓN POÉTICA

Para deleitar la vista, bien están
los ricos ornamentos
pero debe forjarse exactitud
que atraiga al corazón como ve-
rídica.

LU-CHI (261-303 d. C.)

Has envidiado, a veces (tienes que confesártelo),
no alcanzar estatura de poeta floral
–Góngora, Federico, Pablo García Baena–,
enjoyado, inconsútil, en volandas, lujoso
con esa aura de danza hipnotizante
que desborda fragancia de jazmín y albahaca
y estremece los ánimos y en lágrimas aflora
cuando, nocturnas, cruzan Vírgenes desoladas
en los ritos, no menos paganos que católicos,
de las viejas y sabias procesiones del Sur.

El modo tuyo, hombre de castro en la frontera,
o cruce de caminos borrado por los cierzos
o abrasado y sin sombra por un sol de venganza
que recorrían oscuras mesnadas de pecheros,
no te empeñes, acepta, es el del costalero
entre treno y blasfemia, que a la imagen levanta
y va dilapidando en las tabernas cuanto

los suyos aguardaran, contra toda esperanza.